

mente, y ella le correspondió con agrado; de manera, que inspirándole la confianza que deseaban, se persuadió que podia tener en ella un protector excelente para lograr sus designios: así es, que habiendo escrito en aquella misma noche una carta á Emilia, y no sabiendo por quién mandársela, vió que todo se le componia á medida de su deseo, y confió en la amabilidad con que le habia saludado la Aya; y acercándose mas á ella, la dijo: Si teneis, Señora, tanto cariño al bien que yo deseo, como ansiedad mi corazon por poseerle, no dudo me dispensareis vuestro favor; con el que podreis un dia decir que habeis hecho mi felicidad. — Caballero, dice Marciana,

que me admiro de ver, siendo de la familia que sois, que os dignais dirigir la palabra á la de los Crencios (este era el apellido del padre de Emilia), que tanto os detesta! — Las animosidades de mis padres, responde Fabio, no pueden ser un ostáculo á mis inclinaciones: si ellos tienen algun veneno en su estómago que produzca esa rabia, yo no he mamado en la leche de mi nodriza rencores ni deseos de venganza contra nadie: así, pues, os suplico me hagais un favor que me obligará extraordinariamente, y tendré presente en todo tiempo. — Verdaderamente me interesais, dice Marciana, y hablais con tal delicadeza y cordura, que si eso se puede

hacer sin perjudicar al honor de alguno, me decidiré á complaceros, pues veo lo merecis. — Dios me quite el aliento antes que causar le deshonor de nadie, y menos de aquellas personas que aprecio mas que mi vida: lo que os pido es, que entregueis esta carta á mi adorada Emilia, jurándoos, que como Caballero, viviré y moriré sin cometer la accion mas leve que pueda hacerme digno de la nota de infamia. — Mui bien, Caballero, os hago la debida justicia en creeros; y obedeziéndoos, os advierto al mismo tiempo que si os poneis por la noche debajo de la ventana, como la pasada, os diré la respuesta. Fabio la dió gracias un millon de veces, asegurándo-

la, que primero se dejaria hacer pedazos que faltar á la hora que quisiese prevenirle, y quedaron acordés en la misma de la noche anterior. Fuese mui contento, dejando el consuelo á Marciana de poder llevar una buena noticia á su Emilia, á la que se dirigió inmediatamente; y hallándose solas en una pieza retirada de la casa, la instruyó de todo quanto habia ocurrido con Fabio, alabando su honradez y delicadeza; y despues con una sonrisa de satisfaccion la dijo: Y para que veais que no os engaño, aqui teneis un presente que me ha suplicado ofréceros de su parte, prometiendo venir esta noche á despertaros como el dia pasado. — Emilia, entre sorpren-

dida y avergonzada con tal noticia, ofreció en su semblante el vivo carmin, y reponiéndose un poco, dijo á su Aya: ¿Cómo habeis tenido tanta resolucion para hablar á Fabio con tal confianza, y tomar al momento la carta que os ha presentado?—Ja, ja, ja, responde Marciana, riéndose: ¡es posible que seais tan niña, que suplicándome una cosa, desaprobeis despues lo que he hecho por obedeceros! Yo os prometo que este será el último paso que yo daré en el asunto.—No os irriteis, querida Marciana, dice Emilia, por lo que os digo; pues no ha sido mas que una chanza para reir: esto se lo dice abrazándola, y continúa: veamos ahora lo que con-

tiene este pliego; pues si tiene algun encanto, tendreis tanto placer como yo.—¡Oh! no es á mí á quien son dirigidos esos encantos, responde la buena Marciana; pues que los resultados son reservados para vos. En fin, chanceándose y riendo de esta manera los dos á la vez, abre Emilia la carta, y halla en ella lo que sigue:

Carta de Fabio á Emilia.

Señorita: si supiese que la enemistad de nuestros padres tenia tambien raices en vuestro corazon, prefiriera morir por complaceros, á vivir aborrecido de la que ha esclavizado el mio, convirtiendo con sus virtudes y hermosura

lo que fue odio en amor; mas conociendo, que una criatura de un carácter tan sensible como el vuestro no puede ser rencorosa y sanguinaria para desear mal á quien la quiere bien, y prometiéndome vuestras tiernas miradas que mi inclinacion no producirá en vos efectos desagradables, me atrevo á suplicaros tengais compasion de mí, y me concedais el placer de hablaros reservadamente para comunicaros mis designios, deoiendo confesaros anticipadamente, que los elogios que he oido de vuestras prendas, unidas á tan singular hermosura, son los que me han obligado á adoraros: merezca mi honesta inclinacion el alivio que reclama mi pena para no da-

ros el título de cruel; y esperando tan dulce bien y consuelo, os saluda con la humildad del amor y de la esclavitud este rendido amante que solo vive por vos, y cuyo aliento cesará con la esperanza que le sostiene de merecer vuestra piedad y ver un dia dos voluntades en una, ligadas por los ternos é indisolubles lazos que á Dios pide con vuestra conservacion vuestro esclavo

Fabio.

Emilia, que hasta entonces habia amado sin saber con seguridad las intenciones de su amante, no pudo contener sus lágrimas; y suspirando, dijo: ¡Oh Dios mio, qué dignos de admiracion son vues-

tros juicios y sabiduría! ¿Es posible que de dos familias tan enemigas pueda hacerse un enlace como el que nosotros apetecemos? Yo me atreveré á asegurar que mis padres no harán apenas resistencia cuando conozcan el mérito y buenas prendas de este jóven que tanto me ama; pero su padre es tan severo y tan poco afecto á nuestra familia, que dificulto apruebe esta union. ¡Mas qué tonta soi! ¿Quién sabe si Fabio, incitado por los suyos, dirige esta intriga para burlarse de mí? En verdad que no puede vengarse nadie mejor de su enemigo, que tirándole en lo mas apreciable, que es el honor; y si yo una vez llego á perderle, seré entonces para todo el mundo un

objeto despreciable. No, no: jamas abandonaré la senda de la virtud: una muger sin recato es el ludibrio de la sociedad; y aun el hombre que prendado de su hermosura la prostituye, despues la huye y aborrece, dejándola en la infamia y sin poder levantar sus ojos de vergüenza: mi honor y reputacion es primero que todo; y la muerte me cogerá sin los remordimientos y las inquietudes de haber deshonrado á mi familia. — ¡Cómo! Señorita, dice Marciana, ¿tan malo suponeis á Fabio, que le juzgais capaz de tan infame traicion? ¿Seria posible que os amase tan poco, que olvidando la honradez que tanto le recomienda, tratase de comprometer á una señorita

inocente y sencilla por lograr alguna venganza contra vuestra casa? No, no: yo respondo por él; y os aseguro que os ama entrañablemente, y que es tan vuestro, que la resistencia de sus padres y parientes no será bastante á hacerle desistir de sus designios: ahora sí que conozco lo inocente que sois en punto de amor; pues para explicaros así es preciso ignoreis su poderío, sin embargo de haberlos creído el otro día de mucha experiencia. El amor, Señorita, es la pasión mas imperiosa de las criaturas; pues manda en nuestras voluntades, las une por opuestas que sean, destruye todo rencor y resentimiento aunque parezcan inmortales, y en fin, es como un se-

ñor que intenta dominar nuestro albedrío; pues dulcifica hasta el rigor de los corazones mas duros y crueles; virtud que no tienen las demas pasiones de los mortales. Por lo demas, la juventud está tan sujeta á tales aprensiones, que por obedecer á una muger se arroja un amante á todo, arrojando los mayores peligros; y si es necesario, sacrifica gustoso su vida. Tantos ejemplos habeis oído ya sobre esta materia, que no creo haya necesidad de traerlos á la memoria. Sin embargo, si tan perverso juzgais á Fabio, despedidle de una vez, para que no os vuelva á importunar; que dedique sus obsequios á otra; pues de esta manera renacerá la alegría y tran-

quilidad de vuestro corazon , desechando esas inquietudes. — ¡Ah, querida Marciana, dice Emilia, con qué poca reflexion hablais y aconsejais á una desgraciada , imposibilitada de recibir ningun consejo! Si yo dudo , es porque temo en vista de las desgracias que suelen sobrevenir en semejantes casos; pero yo amo tanto á Fabio que no podré olvidarle , y menos separarme de él prohibiéndole volver á verme : no tengo mala opinion de su conducta ni de sus sentimientos , y creo cuanto me habeis dicho sobre su lealtad ; mas disimulad mi debilidad , y persuadios de que el honor que tanto aprecio , y no otra cosa , es lo que me hace usar de este language. En

fin , yo veré lo que quiere decir ; y segun sus espresiones y vuestros consejos obraré en este asunto como mejor nos parezca. Lo que importa ahora es , que veais lo que le quereis decir esta noche , ya que le habeis citado con tanta confianza , pues yo quiero marchar con mucha prudencia , para no sufrir despues una consecuencia fatal. — Dejadlo todo á mi cuidado , responde Marciana , y no penseis ahora mas que en descansar ; pues yo haré la centinela de manera , que no seais sorprendida. — Luego que llegó la noche , y cuando ya todos estaban entregados al sueño , Fabio , que cada dia estaba mas impaciente , tomó la capa , su espada y su lira , y se marchó sin deten-

cion, lleno de impaciencia, al parage que le habia señalado Marciana, donde para hacer saber su llegada empezó á tocar y cantar algunas coplas alusivas á su pasion.

Emilia, que estaba escuchando con su Aya, se vió tan seducida por sus letrillas y por la dulzura de su voz, que se hubiera asomado mui gustosa si Marciana no se lo hubiera impedido diciéndola: ¡Cómo, Señorita! ¿quereis mostrar tan poca gravedad, quando vuestro mismo amante os trata con tanto respeto y delicadeza? Es preciso que obreis con mas circunspeccion; pues debeis saber, que las caricias que las niñas hacen á los hombres, les disgustan en vez de agradarles, y producen

frecuentemente opiniones que no se desvanecen despues como se quiere; y si he de deciros la verdad, aun quando una dama piense dar oidos á su amante, debe entretenerle y hacérselo desear; pues quanto mayor sea su inquietud y espera, mayor es el deseo, y el placer entonces le parece mas grande; y teniéndole mucho tiempo en la ansiedad, mas persiste en la esclavitud, y mayor es la pasion á su dama. Dejadme á mí obrar con libertad; pues yo le entretendré ahora como conviene para proporcionaros despues á la vez placer y felicidad en vez de lágrimas de arrepentimiento. — Perdonad mi falta, dice Emilia, y considerad que no tengo esperiencia para po-

dermedirigir con prudencia y acierto; y valiéndoos ahora de vuestro entendimiento y desengaños, hacedme conocer vuestra política y vuestro talento; pues segun veo, el cielo os ha conservado para mi consuelo y consejo: vuestra experiencia y astucia deben ahora emplearse en mi proteccion y en los medios convenientes al suceso de un asunto tan árduo; puesto que alegais en favor de Fabio, á quien veo haceis ya esperar demasiado. — Ya veo, Señorita, dice Marciana, que no sois tan cruel como pensaba; pues que os compadeceis de Fabio por haber esperado un cuarto de hora debajo de la ventana; y mayor seria vuestra pena si estuviese toda la noche esperan-

do, como hacen muchos amantes que la pasan á la luna por ver una sola vez á su dama. — En efecto, dice Emilia, no quisiera estuviese sufriendo estos postes, pues que se le ha prometido decir cuál es mi intencion, sea rehusando sus obsequios, sea admitiéndolos; y para esto no es decente hacerle tanto esperar; con que no hablemos mas, no sea que piense nos burlemos de él. — Marciana, que se complacia de ver á Emilia tan impaciente y un poco enojada con ella, fingió no querer ir tan pronto, diciendo: En verdad que adelantará bastante este amante con mis favores, y máxime á una hora tan irregular: voi por haberle ya dado palabra; pero mas lo hago por

contestarle, que por darle ninguna muestra de cariño; pues no tengo necesidad de incomodarme por lo que no me va ni me viene. — Emilia no pudo menos de echarse á reir, conociendo que su Aya decia todo esto por obligarla, y ya con otro semblante la dijo: Pues bien, id, no lo dilateis, aunque le negueis vuestros favores; esto quedará á mi cuidado; y al vuestro ahora el desempeñar con delicadeza y esmero este encargo. — Concluidas estas palabras se fue Marciana al momento á la ventana, vió á Fabio que se estaba paseando mui pensativo y con celeridad; y para llamarle la atencion tosió, y al momento le hizo ponerse debajo de la ventana; vió

á Marciana, y queriendo empezar á hablar le interrumpió, diciéndole por lo bajo: Caballero, dirigios á la primera puerta que hallareis al extremo de este jardin, y allí os instruiré de todo quanto ha ocurrido. — Fabio, sea porque creyese ver allí á Emilia, sea por el deseo de saber la respuesta de su carta, se fue volando, y no habia aun llegado, cuando el mensagero de amor le abrió la puerta; entra en el jardin, y toman el emparrado que conduce al aposento de Emilia: su Aya entonces empezó á hablarle de esta suerte: No sé, Caballero, cómo yo podré encubrir las faltas que estoi cometiendo de fidelidad á mi amo, permitiéndole entrar en su casa á un hombre á

estas horas con tanto riesgo; pues si lo supiera, nadie me libraria de la muerte; y mucho mas, solicitando á su hija en vuestras cartas, sin saber á qué se dirige vuestro afecto: Emilia ha leído el billete que para ella me disteis, y no ha hecho el mayor aprecio al ver la inconstancia y ligereza que comunmente se advierte en los hombres: bien es verdad, que si el efecto correspondiese á las palabras, creo se decidiria sin vacilar á responderos, sin faltar al decoro debido á su clase y á su estado. — ¡Cómo, Señora? dice Fabio: ¿creeis que yo soi un seductor que trate de engañar á vuestra señorita Emilia? Estad segura de que primero vereis mi muerte que una

accion indigna de un Caballero: estoi decidido y me consideraré el hombre mas feliz del mundo si admite mi mano: esto se lo diria á ella misma, si me permitieseis el honor de hablarla. — Al presente, responde Marciana, no puedo complaceros; pues Emilia no lo llevaria á bien, y á estas horas seria tambien una imprudencia, pues que al momento eramos descubiertos; pero venid mañana á estas mismas horas, y os prometo que la hablareis; pues por mi parte haré cuanto pueda en vuestro obsequio, convencida de que Emilia os tiene particular aficion. No traigáis mas la lira, para que los vecinos no se impongan de nuestras operaciones; pues ni vos intentareis hacer

público vuestro amor, ni conviene á la reputacion de una doncella de estas circunstancias. — Soi de vuestro sentir, y no permita Dios que yo cometa la mas leve imprudencia que pueda mancillar su honor. Lo que os suplico es, que ós acordéis de mí; pues con la esperanza que me dáis de hablar á mi adorada Emilia mañana, viviré mientras llega ese feliz y ansiado momento, tan contento como el avaro contando sus tesoros. — Diéronse las buenas noches y se retiraron el uno á su casa y la otra al cuarto de la impaciente Emilia, que estaba de pie esperándola para saber el resultado de su conferencia. Marciana la informó de todo lo ocurrido prolijamente, y la di-

jo no debia olvidar nunca su honor y la reputacion de la casa á que pertenecia, recomendándola muy encarecidamente no fuese tan ligera ni se dejase arrastrar ciegamente de su pasion hasta el extremo de tener condescendencia la mas leve con su amante sin toda la seguridad necesaria de su enlace; pues que las palabras cuestan muy poco ó nada á los que intentan divertirse, como dice un poeta:

.....
 Júpiter de lo alto de sus cielos
 Se rie de juramentos amorosos,
 De lágrimas, suspiros y desvelos.

.....
 Añadió á estas reflexiones, que quien pierde en esto son las niñas; pues quedando deshonradas pade-

cen un triste y eterno arrepentimiento, que las acompaña por todas partes para avergonzarlas de su propia debilidad. Acordaos, hija mia, de los horrorosos ejemplos que habeis oido referir, y de las desgracias que han resultado á las que guiadas solo de su locura, se han acordado del matrimonio despues de hecho el daño, no por el deseo de un santo enlace, sino por ocultar sus irreparables debilidades. Acordaos, Señorita, del fin que tuvo aquella jóven de Castrinán, que abandonándose á su amante Leoncio, sin otra seguridad que la esperanza de poseer su mano, se desesperó al fin, viendo que su amigo la habia dejado por casarse con otra. Bien es verdad,

que esta jóven era mui simple en pensar que Leoncio, siendo un caballero de la mas alta nobleza, habia de enlazarse con la hija de un hombre de baja estirpe. Pero vos, que sois igual en nacimiento al que os solicita, no estais en el caso de temer que pueda desdenarse de ser vuestro esposo. Lo que os encargo es, que no le dispenseis ningun cariño sin tener la seguridad que exige vuestro honor: yo no desconfio de vuestra virtud y talento; pero sin embargo, son tan astutos, tan falsos los hombres, y nosotras tan débiles y condescendientes, que cuando creemos estar seguro nuestro honor y burlarnos de cualquiera amante, entonces es cuando somos